

Eje N° 1: “La guerra de Troya”

➤ LA HYBRIS

“De la soberbia entre los griegos” POR Mariano Nava Contreras

Los antiguos griegos no conocieron el concepto de pecado. Tampoco tuvieron un solo dios, ni un libro sagrado que recogiera y codificara sus ideas acerca de lo divino y la piedad. Los románticos del siglo XIX, en su empeño por idealizar el pasado, pensaron que allí radicaba el secreto, la clave por la que, pensaban, los antiguos griegos habían sido libérrimos y felices como pocos. No pudieron equivocarse más, porque en realidad los griegos temían y mucho a sus dioses, tanto como cualquier otro pueblo, solo que vivían y sentían su religiosidad de una manera muy diferente a la nuestra. Una manera que hoy, desde nuestro punto de vista, podría parecernos más natural y humana, aunque por eso mismo, más inestable.

Los dioses de los antiguos griegos eran una suerte de seres humanos idealizados. A menudo nos encontramos la palabra “antropomórficos” para describirlos. Es decir, poseían todas las bondades que los hombres deseáramos para nosotros mismos: eran inmortales, felices, hermosos y siempre gozaban de buena salud. Pero también poseían nuestras pasiones, algo que repugnaría a los teólogos de hoy en día.

En poemas y tragedias los vemos enamorándose, engañándose, ofendiéndose, vengándose y reconciliándose entre ellos mismos o con los mortales, con una espontaneidad que incluso podría parecernos infantil. Por eso el hombre griego antiguo se cuidaba mucho de provocar la ira o la envidia de los dioses, y para ello no solo se preocupaba de venerarlos escrupulosamente a todos por igual con ritos y sacrificios, sino que incluso se guardaba de molestarlos en lo más mínimo, tomando extremas precauciones para no suscitar su ira o su venganza. Pienso que los católicos nunca sabremos agradecer a nuestro buen Dios el habernos liberado de semejante angustia.

Sin embargo, esa ofensa a los dioses no se corresponde con la idea que modernamente tenemos de «pecado», por la sencilla razón de que lo que podría ser ofensivo para uno, pongamos para Apolo o Atenea, podría no serlo para otro, como Dionisio o Afrodita, de caracteres tan diferentes. Pecado y monoteísmo están, pues, indisolublemente ligados. Pecado, monoteísmo y, ya lo dijimos, un libro sagrado que nos explique lo que es pecado y lo que no.

En vez de este concepto de pecado, los griegos tenían el de hybris, palabra que, a falta de una que exprese mejor lo que significa en español, la tradición ha traducido como «soberbia». La hybris es lo que ocurre cuando un mortal se ensoberbece y desafía la voluntad de algún dios; cuando un hombre pierde el control y transgrede los límites de su propia humanidad, atrayéndose un cruel castigo por parte de la divinidad.

Es lo que pasa cuando una pasión extrema, digamos la cólera o la codicia, pero también el amor o la arrogancia, «ciegan» a un hombre, llevándolo a extremos que vulneran la frontera

entre lo humano y lo divino. Ello le atrae la desgracia y el infortunio inevitablemente, la perdición.

Ya sabemos que la poesía es el espacio de lo extremo. La poesía griega está llena de casos de hybris y de su correspondiente castigo, que suele sobrevenir de las formas más truculentas y, seguro, más crueles. La *Ilíada* es el poema de un guerrero, Aquiles, que, ofendido por una afrenta de su superior, Agamenón, y bien pagado de su fuerza y de su reputación de matón y sanguinario, decide retirarse de la lucha y retirar a los suyos, a sabiendas de los reveses que esto traerá a los aqueos en su lucha.

Es su venganza. En efecto, las bajas serán enormes, hasta que el buen Patroclo, amigo predilecto de Aquiles, decide intervenir en la contienda, consternado por tanta muerte. Patroclo, que en secreto se ha llevado las armas de Aquiles, será confundido con él y muerto con saña por Héctor en el combate. Así Aquiles pagará con gran dolor su soberbia: la muerte de su gran amigo.

Obviamente la soberbia, la hybris, y su castigo, están mayormente vinculados a posiciones de poder, y es que, lo sabe el saber popular, mientras más alto se sube, más fuerte es la caída. Uno de los más célebres casos de hybris será, otras veces lo hemos dicho, el del más conocido de los tiranos, Edipo.

Famosa es su historia: Tebas se encuentra asolada por una mortal peste y es que, lo ha declarado el adivino Tiresias, un abominable crimen queda sin pagarse entre sus murallas. Hasta que esto no ocurra, la ciudad seguirá presa de la peste, pues así lo quiere el dios. Edipo, tenido por salvador de la ciudad, se propone develar el misterio. Ensoberbecido, lanza una maldición contra el autor del crimen, sea quien haya sido. No sabe que es él mismo quien mató a su padre y se casó con su propia madre, Yocasta.

Tiresias y la reina, que ya sospechan la verdad, tratan de disuadirlo para que no siga investigando, pero Edipo obstinadamente se empeña. Siente que no puede traicionarse, que debe seguir ciegamente hasta el final, hasta que al fin se percata de su terrible condición. Horrorizado, se saca los ojos, mientras Yocasta corre a ahorcarse para no vivir tamaña vergüenza. Edipo pasará sus últimos años desterrado, ciego y miserable, presa de su propia maldición.

Lo hemos dicho ya, la poesía es espacio para la desmesura y lo hiperbólico. Allí se muestra cruel y desnuda la apoteosis de la gloria y la desgracia de la caída. "Soberbia", lo sabemos, nos viene del latín *superbia*, y no hace mucha falta entender lo que siente aquel que se ensoberbece. Pero el concepto latino es absolutamente humano. La arrogancia y la altanería, odiosas y erradas, no conllevan sin embargo los signos de la transgresión. La noción de los griegos va mucho más allá, a los extremos de la condición humana. Nos hace pensar en nuestros límites y las razones que nos llevan intentar transgredirlos. Los poetas, que tienen explicaciones para todo, solían hablar de una "ceguera", Ate, que pierde al ensoberbecido.

A través de la hybris, los antiguos poetas supieron lo bien que la soberbia sirve como laboratorio para estudiar las pasiones y las miserias extremas, no tanto de los dioses como más bien las de los hombres, los guerreros, los caudillos y los tiranos. En su continua reflexión sobre la condición del hombre, con ella trataron de establecer los límites entre lo humano y lo divino, entre lo que nos es lícito y lo que no.

➤ LA CUESTIÓN HOMÉRICA



Homero (Siglo VIII a.C.)

A este ilustre poeta griego se le atribuye la autoría de la *Ilíada* y la *Odisea*, los dos grandes poemas épicos de la antigua Grecia. En palabras de *Hegel*, Homero es «el elemento en el que vive el mundo griego como el hombre vive en el aire». Admirado, imitado y citado por todos los poetas, filósofos y artistas griegos que le siguieron, es el poeta por antonomasia de la literatura clásica, a pesar de lo cual la biografía de Homero aparece rodeada del más profundo misterio, hasta el punto de que su propia existencia histórica ha sido puesta en tela de juicio.

Las más antiguas noticias sobre Homero sitúan su nacimiento en Quíos, aunque ya desde la Antigüedad fueron siete las ciudades que se disputaron ser su patria: Colofón, Cumas, Pilos, Ítaca, Argos, Atenas, Esmirna y la ya mencionada Quíos. Para *Semónides de Amorgos* y *Píndaro*, sólo las dos últimas podían reclamar el honor de ser su cuna.

Aunque son varias las vidas de Homero que han llegado hasta nosotros, su contenido, incluida la famosa ceguera del poeta, es legendario y novelesco. La más antigua, atribuida sin fundamento a *Herodoto*, data del siglo V a.C. En ella, Homero es presentado como el hijo de una huérfana seducida, de nombre Creteidas, que le dio a luz en Esmirna. Conocido como Melesígenes, pronto destacó por sus cualidades artísticas, iniciando una vida bohemia. Una enfermedad lo dejó ciego, y desde entonces pasó a llamarse Homero. La muerte, siempre según el seudo Herodoto, sorprendió a Homero en Íos, en el curso de un viaje a Atenas.

Los problemas que plantea Homero cristalizaron a partir del siglo XVII en la llamada «cuestión homérica», iniciada por *François Hédelin*, abate de Aubignac, quien sostenía que los dos grandes poemas a él atribuidos, la *Ilíada* y la *Odisea*, eran fruto del ensamblaje de obras de distinta procedencia, lo que explicaría las numerosas incongruencias que contienen. Sus tesis fueron seguidas por filólogos como Friedrich August Wolf. El debate entre los partidarios de la corriente analítica y los unitaristas, que defienden la paternidad homérica de los poemas, sigue en la actualidad abierto.

Su obra

La iconografía grecorromana ha consagrado el noble rostro barbado de un anciano ciego como el de Homero, siendo ésa es la imagen que ha atribuido la tradición al poeta que escribió la *Ilíada* y la *Odisea*, los dos poemas épicos con que se inaugura la literatura griega y la occidental y cuyo vigor lírico y narrativo permanece fresco desde hace miles de años. Su nombre y sus obras han alcanzado la gloria y alimentado mitos, narraciones y leyendas a través de los siglos, sin que hayan perdido su fuerza original.

La mayor parte de la literatura griega se nutrió del inmenso caudal de leyendas y tradiciones que desde tiempos remotos se transmitía oralmente de generación en generación. También

la poesía épica se transmitía oralmente en sus orígenes: un aedo o un rapsoda la cantaba o recitaba de memoria ante un público que desconocía la escritura. Los *aedas* eran músicos ambulantes que cantaban poemas épicos acompañándose con instrumentos de cuerda; los *rapsodas* recitaban sin cantar, llevando el ritmo con los golpes de un bastón.

La perfección y la calidad de la *Ilíada* y la *Odisea*, considerados obras maestras de la literatura occidental, sólo se explica por la existencia de toda una tradición previa sobre la Guerra de Troya que aedas y rapsodas fueron elaborando y refinando durante siglos y que culmina en los grandiosos poemas homéricos. A pesar de que Homero se sirve de los procedimientos de la tradición oral, es indudable que en ambos poemas hay un propósito poético, un plan y una estructura que revela la actividad de un poeta consciente de su arte. La naturaleza oral del estilo de la *Ilíada* y la *Odisea* es indudable. Esta certidumbre se debe a la repetición cada cierto tiempo de unas determinadas fórmulas: por ejemplo, los epítetos: "la Aurora de dedos rosados"; "Aquiles, el de los pies ligeros", siempre en las mismas condiciones métricas. Después de un largo período de transmisión oral, el texto se habría fijado en su forma definitiva en Atenas durante el siglo VI a.C., por iniciativa del tirano *Pisístrato*.

En sus poemas, Homero no trazó una historia completa de la Guerra de Troya (que conocemos por otras fuentes), sino que escogió dos episodios de la leyenda troyana para recrearlos. Así, en la *Ilíada* se narra el último año de la Guerra de Troya, y la cólera de Aquiles contra Agamenón. La *Odisea*, que parece ser la más moderna de las dos composiciones atribuidas a Homero, relata las aventuras y penalidades de Ulises (héroe que desempeña un papel secundario en la *Ilíada*) en el viaje de regreso desde Troya hasta su patria, Ítaca, y el castigo que inflige a los pretendientes de su esposa, Penélope, que le creían muerto.

Homero fue el poeta más admirado de la Antigüedad. Sus obras transmitían conocimientos y enseñanzas relativas a variados aspectos (estratégicos y militares; los astros y el firmamento; cuestiones morales y comportamientos de los seres humanos; las relaciones de los dioses con los hombres) y dieron la forma considerada canónica de la genealogía de los héroes y dioses griegos. Por todo ello sirvió de referencia cultural y religiosa para las generaciones posteriores.

La *Ilíada*

Relata el décimo año de la Guerra de Troya (o de Ilión, nombre griego de la ciudad, de donde procede el título de *Ilíada*). Su núcleo argumental es la célebre *Cólera de Aquiles*. El héroe griego Aquiles ha sido despojado de su esclava Briseida por Agamenón, jefe del ejército aliado griego que tiene sitiada la ciudad de Troya para rescatar a Helena. A causa de esta decisión injusta, Aquiles se enemista con Agamenón y resuelve no participar más en los combates.

Gracias a su ausencia y a otros sucesos, los troyanos, liderados por Héctor, consiguen importantes victorias, y aunque el mismo Agamenón se humilla y le pide que regrese a la lucha, Aquiles se niega. Será precisa la muerte de Patroclo, su mejor amigo, a manos del héroe troyano Héctor (hijo de Príamo, rey de Troya), para que Aquiles deponga su actitud. Aquiles jura vengar a Patroclo, se lanza ferozmente a la lucha y vence a Héctor. Su furia parece irrefrenable: ata a su carro por los pies el cadáver de Héctor y lo arrastra con la cabeza por el polvo alrededor de la tumba de Patroclo.

Después, frente a las súplicas del padre de Héctor, Príamo, se despierta su compasión y accede a devolverle el cadáver de su hijo. La obra termina con los funerales que se celebran en honor de Patroclo y Héctor. A este argumento *humano*, digamos, es preciso añadir la intervención de los antropomórficos dioses griegos, que, movidos por pasiones e intereses similares a los de los hombres, participan en la acción, favoreciendo o perjudicando a personajes de uno y otro bando.

La *Ilíada* consta de 15.693 versos agrupados en 24 cantos. El Canto I comienza con la cólera de Aquiles. Es posible que los Cantos II-XI sean interpolaciones de otros poetas, pues se apartan del núcleo narrativo principal. Hoy se cree que el propio Homero los intercaló deliberadamente para crear un efecto de retardación, técnica que también se emplea en la *Odisea*. En los cantos XII-XXIV se vuelve al tema de principal y la acción se precipita rápidamente hacia el desenlace. La narración en tercera persona se combina con los diálogos entre los personajes. Los antecedentes y consecuencias de la guerra y el origen y destino de los personajes se dan por sabidos; porque, efectivamente, el público al que se dirigía el poema conocía perfectamente la historia completa de la Guerra de Troya.

Como ya señaló *Aristóteles* en su *Poética*, uno de los grandes aciertos de Homero en la *Ilíada* fue precisamente no contar toda la Guerra de Troya, sino concentrar la atención del relato sobre un elemento determinado: la cólera de Aquiles. La sucesión de violentas emociones por las que pasa el ánimo del héroe (cólera, amistad, odio, sed de venganza, compasión) constituye el motor de la acción. En realidad, la *Ilíada*, aun siendo un poema heroico, es también y sobre todo un drama. Lo que domina en él, por encima del heroísmo y la violencia, es la humanidad que trasluce. En los dos últimos cantos (funerales de Patroclo y de Héctor), prevalecen la piedad y la compasión. No hay vencedores ni vencidos: hay un duelo por los muertos.

La épica

Un poema épico es un poema narrativo extenso, en estilo majestuoso, que relata las proezas y aventuras de un héroe sobrehumano (o de varios héroes) comprometido en una búsqueda peligrosa o en algún empeño serio. El héroe se distingue de los demás hombres por su fuerza y coraje, solo lo guía su sentido del honor. Los poemas épicos se basan en el mito, la leyenda, la historia y el cuento popular. Algunas de sus características son:

*invocaciones a las Musas *largos discursos *comparaciones detalladas *repeticiones
*epítetos *presencia de los dioses *descripciones de batallas o de otras modalidades de combate físico.

Conceptos básicos

*Muerte bella; *Aristeia: momento en el que un guerrero se encuentra al máximo de intensidad y poder; *doble plano: celestial y terrenal; *griegos: se los presenta con muchos nombres: aqueos, dánaos, argivos, mirmidones, entre otros.

HOMERO (Eduardo Galeano, Uruguay, 1940)

No había nada ni nadie. Ni fantasmas había. No más que piedras mudas, y alguna que otra oveja buscando pasto entre las ruinas.

Pero el poeta ciego supo ver, allí, la gran ciudad que ya no era. La vio rodeada de murallas, alzada en la colina sobre la bahía; y escuchó los alaridos y los truenos de la guerra que la había arrasado.

Y la cantó. Fue la refundación de Troya. Troya nació de nuevo, parida por las palabras de Homero, cuatro siglos y medio después de su exterminio. Y la guerra de Troya, condenada al olvido, pasó a ser la más famosa de todas las guerras.

Los historiadores dicen que ésa fue una guerra comercial. Los troyanos habían cerrado el paso hacia el mar Negro, y lo cobraban caro. Los griegos aniquilaron Troya para abrirse camino al Oriente por el estrecho de los Dardanelos. Pero comerciales fueron todas, o casi todas, las guerras que en el mundo han sido. ¿Por qué habría de hacerse digna de memoria una guerra tan poco original?

Las piedras de Troya iban a convertirse en arena y nada más que arena, cumpliendo su destino natural, cuando Homero las vio y las escuchó.

Lo que él cantó, ¿fue pura imaginación?

¿Fue obra de fantasía esa escuadra de mil doscientas naves lanzadas al rescate de Helena, la reina nacida de un huevo de cisne?

¿Inventó Homero eso de que Aquiles arrastró a su vencido Héctor, atado a un carro de caballos, y le dio varias vueltas alrededor de las murallas de la ciudad sitiada?

Y la historia de Afrodita envolviendo a Paris en un manto de niebla mágica cuando lo vio perdido, ¿no habrá sido delirio o borrachera?

¿Y Apolo guiando la flecha mortal hacia el talón de Aquiles? ¿Habrá sido Odiseo, alias Ulises, el creador del inmenso caballo de madera que engañó a los troyanos?

¿Qué tiene de verdad el final de Agamenón, el vencedor, que regresó de esa guerra de diez años para que su mujer lo asesinara en el baño?

Esas mujeres y esos hombres, y esas diosas y esos dioses que tanto se nos parecen, celosos, vengativos, traidores, ¿existieron?

Quién sabe si existieron. Lo único seguro es que existen.

Espejos. Una historia casi universal, Salamanca, Siglo XXI de España Editores, 2008, págs. 47-48

➤ PERSONAJES PRINCIPALES DE LA ILIADA

AQUILES: es hijo de Peleo y Tetis, la diosa del mar. Es el mejor guerrero aqueo. Le habían dicho que tenía la opción de luchar contra los troyanos y morir joven o no luchar y vivir una larga vida. Él decidió luchar. Concepción de muerte bella –ideal griego–: morir joven, pero con honor, en batalla.

AGAMENÓN: aqueo principal en cuanto a jefe (dux) aunque no es el mejor guerrero. Su hermano Menelao está casado con Helena.

MENELAO: hermano de Agamenón y rey de Esparta. Casado con Helena y su honor es la razón (ver documental) por la cual pelean los aqueos.

HELENA: por ella comienza la guerra de Troya. La diosa Afrodita se la regaló a Paris en el enfrentamiento de las tres diosas: Atenea, Hera y Afrodita. El "juicio de Paris" es famoso en cuanto se supone como desencadenante primero de la guerra de Troya.

ALEJANDRO (PARIS): es príncipe de Troya, hijo de Príamo y hermano de Héctor. Por su culpa empezó la guerra.

HÉCTOR: es el hijo mayor de Príamo y Hécuba, casado con Andrómaca, hermano de Paris. Es el mejor guerrero troyano.

PRIAMO: rey de Troya.

HÉCUBA: reina de Troya.

ANDRÓMACA: esposa de Héctor.

ODISEO: guerrero aqueo muy astuto.

ÁYAX: guerrero supremo.

DIOMEDES: otro guerrero aqueo. Recibe mucha ayuda de Atenea.

NÉSTOR: anciano sabio, guerrero aqueo, dirige a las tropas.

PATROCLO: pariente y mejor amigo de Aquiles. Gracias a él, Aquiles vuelve a la lucha.

AFRODITA: diosa del amor. Apoya a los troyanos.

APOLO: dios del sol. Empieza la pelea entre Agamenón y Aquiles. Apoya a los troyanos.

ARES: dios de la guerra. Ayuda a los troyanos.

ATENEA: diosa de la sabiduría. Apoya a los aqueos por estar en contra de Paris.

HEFESTO: dios del fuego y herrero de los dioses. Construyó la armadura de Aquiles y lo salva.

HERA: esposa de Zeus, diosa de la familia. Apoya a los aqueos por estar en contra de Paris.

POSEIDÓN: dios del mar. Apoya a los aqueos.

TETIS: madre de Aquiles. Se involucra con Zeus (ritual) para brindarle ayuda a su hijo.

ZEUS: dios del rayo, rey de los dioses.

Guía de Actividades N° 1



- A) Lea el Canto I de la Ilíada y resuelva las actividades**
- B) ¿Cuál es el problema que surge entre Agamenón y Crises?**
- C) ¿Cómo castiga Apolo a Agamenón por su conducta?**
- D) ¿Qué dice el adivino Calcante, con respecto a la cólera de Apolo?**
- E) ¿Cómo reacciona Agamenón frente a los dichos de Calcante?**
- F) ¿Qué le reprocha Aquiles a Agamenón?**
- G) ¿Qué dioses apoyan a Aquiles? ¿Qué le sugieren hacer a Aquiles en vez de desafiar a una lucha a Agamenón?**
- H) ¿Quién era Néstor? ¿Qué les sugiere a Agamenón y a Aquiles?**
- I) Después de entregar a Criseida, Aquiles se sentó lejos de los suyos en la playa. ¿Qué sucedió allí?**
- J) ¿Quién le devolvió a Crises, sacerdote de Apolo, su hija? ¿En qué consistió el holocausto realizado?**
¿Con qué objeto fue realizado?
- K) Mientras Aquiles se recluye en sus naves, ¿qué sucede en el Olimpo? ¿Qué suplica Thetis a Zeus? ¿Cómo era la relación entre Zeus y Hera?**
- L) Dé cuatro ejemplos de epítetos utilizados en este canto.**
- M) Diga qué dos planos como reflejos pone en evidencia Homero.**
- N) Tenga en cuenta la invocación, nombre el tema del canto y diga a quién se invoca y por qué.**



Guía de Actividades N° 2

- A) Lea el Canto XVIII de la Ilíada y luego resuelva las actividades**
- B) ¿Qué se entera Aquiles que ha sucedido? ¿Qué pasa con el cuerpo de Patroclo?**
- C) ¿Qué promete hacer Aquiles? ¿Qué le vaticina su madre?**
- D) ¿Qué le dará Tetis a Aquiles?**
- E) ¿Qué dice Iris a Aquiles? Cuente cómo sucede el episodio consecuente.**
- F) ¿Qué propone Polidamante? ¿Cuál es la decisión de Héctor?**
- G) Explique el ritual de enterramiento.**
- H) ¿Quién es Hefesto? Cuente su historia.**
- I) Lea detalladamente cómo es el escudo fabricado para Aquiles y diga qué simboliza/representa.**

Collen Mc Cullough
La canción de Troya

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

NARRADO POR NEOPTÓLEMO

Cerraron nuestra trampilla mucho antes de que amaneciera y nosotros, que habíamos soportado la oscuridad todas las noches de nuestras vidas, descubrimos qué era realmente hallarse a oscuras. Por más que abría los ojos y me esforzaba por ver seguía sin distinguir nada. Nada. Estaba completamente ciego, el mundo era una negrura tangible e insoportable. Traté de pensar que tan sólo sería un día y una noche si podíamos considerarnos afortunados. Por lo menos un día y una noche sin un mínimo resquicio de luz, sin poder discernir la hora por el sol, convertido cada instante en una eternidad, los oídos tan afinados que la respiración de los hombres sonaba como truenos distantes.

Rocé a Ulises con el brazo y me estremecí involuntariamente. Fruncí la nariz ante los olores de sudor, orines, heces y respiraciones malolientes pese a los cubos de cuero tapados que Ulises había distribuido entre cada tres hombres. Entonces comprendí por qué se había mostrado tan inflexible en ello. Ensuciarse con excrementos hubiera sido algo insoportable para cualquiera de nosotros. Cien hombres totalmente ciegos... ¿Cómo podían algunos sobrevivir durante toda una vida de ceguera?

Pensé que nunca sería capaz de recobrar la visión. ¿Reconocerían mis ojos la luz o la fuerte impresión me deslumbraría y me sumiría de nuevo en una oscuridad permanente? Tenía la piel tensa, sentía el terror que me lamía por completo en aquel abismo, mientras un centenar de los hombres más valerosos del mundo se veían asimismo encarcelados, su-

midos en un terror mortal. La lengua se me pegaba al paladar y busqué el odre de agua, para hacer algo.

Podíamos respirar el aire que se filtraba astutamente por un laberinto de diminutos agujeros practicados por todo el cuerpo y la cabeza del animal, aunque Ulises nos había advertido que no distinguiríamos la luz por ellos mientras fuese de día porque los protegían capas de tejido. Por fin cerré los ojos. Me dolían tanto de intentar ver que fue un alivio y la oscuridad me resultó más soportable.

Ulises y yo nos apoyábamos espalda contra espalda, al igual que todos. Nosotros mismos éramos el único apoyo que nuestra prisión poseía. En un esfuerzo por relajarme me apoyé en él y comencé a recordar a todas las muchachas que había conocido. Las catalogué meticulosamente, de la más linda a la más fea, la más bajita y la más alta, la primera con que me había acostado y la última, una que se había reído ante mi inexperiencia y otra que, exhausta, puso los ojos en blanco tras pasar una noche en mis brazos. Agotado el tema de las muchachas, comencé a enumerar todas las bestias que había exterminado, las cacerías a las que había asistido: leones, verracos, venados. Expediciones de pesca en busca de orcas, leviatanes y grandes serpientes, aunque sólo encontramos atunes y lubinas. Reviví los tiempos de entrenamiento con los jóvenes mirmidones y los pequeños combates a que me había enfrentado en su compañía. Las ocasiones en que había conocido a grandes hombres y quiénes eran. Hice recuento de las naves y reyes que habían zarpado hacia Troya; pasé revista a los nombres de todos los pueblos y ciudades de Tesalia; canté mentalmente las baladas de los héroes. En cierto modo el tiempo transcurría, pero con lentitud exasperante.

El silencio era cada vez más profundo. Debí de quedarme dormido porque desperté con un sobresalto al descubrir que Ulises me tapaba la boca con la mano. Yacía con la cabeza en su regazo y los ojos desorbitados de pánico, hasta que recordé por qué no podía ver. Me había despertado un movimiento y, mientras trataba de serenarme, se produjo una suave sacudida. Me volví y, tras sentarme, busqué a tientas las manos de Ulises y las estreché con fuerza. Él inclinó la cabeza y sus cabellos me rozaron la mejilla. Le hablé al oído.

—¿Nos están moviendo?

Sentí su sonrisa en mi rostro.

—¡Desde luego! Ni por un momento han dudado en mover este objeto. Tal como imaginaba, se han tragado la historia de Sinón —me susurró.

La repentina actividad interrumpió la sofocante inercia de nuestra prisión; durante largo rato nos sentimos más animados, más alegres, mientras sufríamos empujones y sacudidas. Tratamos de calcular nuestra velocidad, preguntándonos cuándo llegaríamos a las murallas y qué se propondría hacer Príamo para solucionar el hecho de que el caballo fuese demasiado grande. Y durante este lapso de tiempo disfrutamos de la oportunidad de hablarnos unos a otros con voces bajas pero normales, conscientes de que el ruido que producía nuestro transporte en su trayecto mitigaría tales sonidos. Distinguíamos nuestro avance, aunque no advertíamos la presencia de hombres ni de bueyes, sólo el estrépito y el chirrido producido por las ruedas.

No fue difícil adivinar en qué momento llegamos a la puerta Escea, pues el movimiento se interrumpió durante lo que parecieron días. Oramos en silencio a todos los dioses conocidos para que no renunciaran; para que, tal como Ulises había insistido en que sucedería, los troyanos llegaran al extremo de demoler el arco. Entonces comenzamos de nuevo a movernos. Se produjo un agobiante y exasperante zarandeo que nos tiró por los suelos y allí yacimos inmóviles con el rostro pegado al suelo.

—¡Necios! —gruñó Ulises—. ¡Han calculado erróneamente!

Tras otras cuatro sacudidas volvimos a rodar. Al advertir que el suelo se ladeaba, Ulises rió entre dientes.

—Es la colina que asciende a la Ciudadela —dijo—. Nos escoltan nada menos que a palacio.

Luego volvió a reinar el silencio. Nos detuvimos con un enorme crujido y nos abstrajimos en nuestros pensamientos. El enorme objeto se tomó el tiempo necesario para posarse como un leviatán en el barro y me pregunté dónde nos habríamos detenido exactamente de modo definitivo. El perfume de las flores llegaba furtivo. Traté de calcular cuánto les habría costado arrastrar el caballo desde la llanura, pero no pude. Cuando no es posible ver el sol, la luna ni las estrellas no se puede calcular el paso del tiempo. De modo que me recosté

contra Ulises y me abracé a mis rodillas. Él y yo estábamos situados exactamente al lado de la trampilla y Diomedes había sido enviado al extremo opuesto para mantener el orden (nos habían ordenado que si alguien era presa de pánico debía ser eliminado al punto) y no lo lamentaba. Ulises era como una roca inquebrantable, tenerlo a mi espalda me tranquilizaba.

Me dediqué a pensar en mi padre y el tiempo pasó volando. No había querido hacerlo por temor al sufrimiento, pero en la situación de nuestra última espera no pude resistirme a ello. Y me sentí libre al punto de todo pesar porque cuando abrí las compuertas de mi mente para admitirlo pude sentirlo físicamente en mí. Yo volvía a ser un niño pequeño y él un gigante que se levantaba por encima de mi cabeza, un dios, un héroe para un muchacho. Tan hermoso y tan extraño con su boca sin labios. Aún tengo una cicatriz de una ocasión en que intenté cortarme el labio para parecerme más a él. El abuelo Peleo me descubrió de tal guisa y me azotó enérgicamente por impío. Me dijo que no podía ser otra persona, que era yo mismo con o sin labios. ¡Ah, y cómo había rezado para que la guerra contra Troya durara lo suficiente para poder luchar a su lado! Desde que cumplí los catorce años y me consideré un hombre estuve rogando a mis abuelos Peleo y Licomedes que me permitieran zarpar hacia Troya. Y ambos se habían negado.

Hasta el día en que el abuelo Peleo acudió a mis aposentos del palacio de Yolco con el rostro grisáceo como un moribundo y me dijo que podía irme. Me despidió simplemente sin mencionar el mensaje que Ulises le enviaba: que Aquiles tenía los días contados.

Nunca olvidaré mientras viva el canto que el trovador recitó ante Agamenón y los reyes. Yo permanecía junto a la puerta sin ser visto y absorbía sus palabras como una esponja deleitándome con sus hazañas. Luego el arpista habló de su muerte, de su madre y de la elección que le ofreció y del hecho que él no considerara tal opción: vivir larga y prósperamente en la oscuridad o morir joven y cubierto de gloria. La muerte, ése era el destino que nunca relacionaría con mi padre Aquiles. Para mí estaba por encima de los mortales, nadie podía abatirlo. Pero Aquiles era un ser mortal y murió. Murió antes de que pudiera verlo, de besar su boca sin necesidad de verme elevado a una inmensa distancia por los aires, con los pies muy alejados del suelo. Los hombres

me dijeron que había crecido hasta alcanzar exactamente su misma altura.

Ulises había sospechado mucho más que los restantes y me hizo partícipe de cuanto sabía o sospechaba. Luego me habló de la conjura sin favorecer a nadie, ni siquiera a sí mismo, mientras me explicaba por qué mi padre había discutido con Agamenón y le había retirado su ayuda. Me pregunté si yo hubiera tenido la fortaleza y decisión de ver manchada para siempre mi reputación como había hecho mi padre. Con el corazón destrozado le juré a Ulises guardar el secreto; un sentimiento interior me decía que mi padre deseaba que no se desvelara nada de todo aquello. Ulises supuso que lo hacía en reparación de algún gran pecado que él creía haber cometido.

Sin embargo, ni siquiera entre la discreta oscuridad pude llorar por él. Tenía los ojos secos. Paris había muerto pero, si lograba matar a Príamo para vengarme de Aquiles, sería capaz de llorar.

Volví a dormirme. El sonido de la trampilla al abrirse me despertó. Ulises se movió como un relámpago, pero no fue lo bastante rápido. Una tenue y deslumbrante luz se filtraba por el agujero del suelo e iluminaba las piernas enredadas. Se percibieron sonidos de una pelea sofocada y luego unas piernas que se desplomaban. Sentí un cuerpo que se precipitaba hacia abajo y que se estampó con un ruido sordo. Alguien no podía resistir por más tiempo su encierro; cuando Sinón levantó desde el exterior la palanca que abría la trampilla no tuvimos ningún aviso previo, pero uno de nosotros estaba dispuesto para escapar.

Ulises miró hacia abajo y desenrolló la escalerilla de cuerda. Me acerqué a él. Nuestra armadura estaba empaquetada en la cabeza del animal y debíamos seguir un estricto orden de salida: mientras nos situábamos en fila hacia la trampilla el primer paquete que un hombre encontraba era su armadura.

—Sé quién ha caído —me dijo Ulises—, de modo que me llevaré mi armadura y aguardaré a que le llegue su turno para coger la suya. De otro modo los hombres que le siguen no encontrarían el paquete adecuado.

Así fue como resulté el primero en pisar tierra firme, salvo que no lo era en absoluto. Como alguien aturdido por un golpe, me encontré entre una masa suave y densamente perfumada, una alfombra de flores otoñales.

Una vez hubimos salido todos, Ulises y Diomedes acudieron a saludar a Sinón con besos y abrazos. El astuto Sinón era primo de Ulises. Como no lo habíamos visto antes de entrar en el caballo me sorprendió su aspecto. No era de extrañar que hubiera convencido a los troyanos con su historia. Su aspecto era enfermizo, miserable, sangrante y sucio. Ni el más despreciable esclavo había sido tratado de modo tan abominable. Ulises me explicó más tarde que Sinón se había pasado voluntariamente dos meses sin tomar alimentos para parecer más desdichado.

Sonreía ampliamente. Me acerqué a ellos cuando iniciaban su charla.

—¡Príamo se lo ha tragado todo, primo! Y los dioses estaban de nuestra parte, el presagio de Zeus fue fabuloso. ¡Laoconte y sus dos hijos perecieron al meterse en un nido de víboras, imagnate! ¡No pudo ser mejor!

—¿Dejaron abierta la puerta Escea? —inquirió Ulises.

—Desde luego. Ahora toda la ciudad duerme su borrachera. ¡Lo han celebrado espléndidamente! En cuanto se iniciaron los festejos en palacio nadie recordaba a la pobre víctima del campamento griego, por lo que no tuve dificultad alguna en escabullirme al promontorio de Sigeo y encender un fanal para Agamenón. Mi luz fue respondida al instante desde las colinas de Tenedos. En estos momentos debe de navegar hacia Sigeo.

Ulises volvió a abrazarlo.

—Has estado magnífico, Sinón. Puedes confiar en que serás recompensado.

—Lo sé.

Hizo una pausa y resopló satisfecho.

—¿Sabes que creo que no lo hubiera hecho por compensación alguna, primo? —dijo.

Ulises nos envió a cincuenta de nosotros a la puerta Escea para asegurarse de que los troyanos no tenían ninguna oportunidad de cerrarla antes de que entrase Agamenón; los restantes permanecemos armados y dispuestos, observando cómo la rosada y suave aurora se deslizaba sobre el alto muro

en torno al gran patio, aspirando profundamente el aire de la mañana y disfrutando del perfume de las flores que estaban bajo nuestros pies.

—¿Quién cayó del caballo? —le pregunté a Ulises.

—Equión, hijo de Porteo —repuso con brevedad, aunque era evidente que pensaba en otra cosa.

Luego gruñó guturalmente y se removió inquieto con un nerviosismo impropio en él.

—¡Agamenón, Agamenón! ¿Dónde estás? —exclamó en voz alta—. ¡Ya deberías estar aquí!

En ese momento el sonido de un cuerno estalló en el cielo del amanecer: Agamenón se encontraba a la puerta Escea y podíamos movernos.

Nos dividimos. Ulises, Diomedes, Menelao, Automedonte y yo con algunos compañeros anduvimos lo más quedamente posible entre la columnata y luego giramos a un amplio y extenso pasillo que conducía a la parte del palacio destinada a Príamo. Una vez allí, Ulises, Menelao y Diomedes me dejaron y se internaron por un pasillo lateral entre el laberinto que conducía a los aposentos donde residían Helena y Deífobo.

Un grito penetrante y solitario interrumpió el silencio y cayó sobre la cabeza de Troya. Los pasillos de palacio se llenaron de gente, hombres aún desnudos que se levantaban del lecho, aturcidos y atontados por el exceso de vino. Lo que nos permitió tomarnos nuestro tiempo, esquivar torpes golpes fácilmente, y exterminarlos sin problemas. Las mujeres chillaban y vociferaban, y las baldosas de mármol que pisábamos se volvieron resbaladizas por la sangre, pues no les dimos ninguna oportunidad. Pocos comprendieron lo que sucedía. Algunos estaban bastante despiertos para advertir mi presencia con la armadura de Aquiles y huían despavoridos pensando que mi padre capitaneaba las sombras de los muertos.

Con el crimen en el corazón no perdoné a ningún enemigo. A medida que los guardianes caían, la resistencia comenzó a endurecerse; por fin luchábamos con cierta calidad, aunque no con el estilo de un campo de batalla. Las mujeres contribuían a crear pánico y confusión e imposibilitaban las maniobras a los defensores de la Ciudadela. Otros compañeros del caballo me seguían; yo, sediento de la sangre de Príamo, los

dejé asesinar cuanto quisieron. Sólo Príamo pagaría por Aquiles.

Pero querían a aquel insensato y anciano rey. Aquellos que habían despertado bastante despejados se habían vestido una armadura y corrían a través del laberinto por vías sinuosas decididos a protegerlo. Un muro de hombres armados me bloqueaba el camino con las lanzas enhiestas y la expresión reveladora de estar dispuestos a morir al servicio de Príamo. Automedonte y otros me dieron alcance; permanecí inmóvil un instante meditando. Con las puntas de sus lanzas preparadas esperaban que me moviera. Viré en redondo mi escudo y los miré por encima del hombro.

—¡A por ellos! —exclamé.

Me abalancé tan rápidamente que aquel que se encontraba delante de mí se apartó instintivamente a un lado alterando su frente. Con el escudo a modo de muro me estrellé de costado contra ellos. No tenían esperanzas de resistir semejante peso de un hombre y su armadura. Cuando caí sobre ellos se quebró su hilera y sus lanzas se inutilizaron. Me levanté haciendo oscilar el hacha: un hombre perdió un brazo; otro, la mitad del pecho; un tercero, la parte superior de la cabeza. Era como derribar árboles jóvenes. Puesto que por mi altura era inalcanzable desde cerca, avanzaba y propinaba hachazos incansable.

Ensangrentado de pies a cabeza, pasé por encima de los cadáveres y me encontré en una columinata que discurría por todo el entorno de un patio. En su centro se encontraba un altar levantado sobre un estrado escalonado cuya mesa estaba protegida del sol por un laurel de espeso ramaje.

Príamo, rey de Troya, estaba acurrucado en el peldaño superior, su barba y cabellos blancos resplandecían como plata entre la luz que se filtraba, y cubría su enjuto cuerpo con un camisón de hilo.

—¡Coge una espada y muere, Príamo! —le grité desde donde me encontraba con el hacha colgando a un costado.

Pero él miraba ausente a algo que se hallaba detrás de mí con los legañosos ojos llenos de lágrimas: no se daba cuenta de lo que sucedía o no le importaba. El aire estaba impregnado con los ruidos de muerte y alboroto y el humo ya ensombrecía el cielo. Troya moría alrededor de él mientras, al borde de la locura, se sentaba al pie del altar de Apolo. Creo

que nunca comprendió que procedíamos del caballo, por lo que el dios le ahorró tal conocimiento. Lo único que él entendía era que ya no existían razones para seguir viviendo.

Junto a él se hallaba una anciana encorvada, aferrada a su brazo, con la boca abierta en una constante sucesión de alaridos más propios de un perro que de un ser humano. Una joven con abundante masa de rizos negros estaba de espaldas a mí ante la mesa del altar, apoyadas las manos en la losa y la cabeza inclinada hacia atrás mientras oraba.

Llegaron más hombres para defender a Príamo y yo los vencí con desprecio. Algunos lucían la insignia de sus hijos, lo cual aún me sirvió de estímulo. No me detuve hasta que tan sólo quedó uno, un simple joven; ¿tal vez Ilio? ¿Qué podía importar? Cuando intentó atacarme con una espada se la arranqué fácilmente de un tirón y luego así sus largas y despeinadas trenzas con el puño izquierdo y abandoné el escudo. El muchacho se debatió y propinó puñetazos contra mis grebas con los nudillos mientras yo lo obligaba a doblegarse y lo arrastraba al pie del altar. Príamo y Hécuba se abrazaban; la joven no se volvió.

—¡Aquí está tu último hijo, Príamo! ¡Mira cómo muere!

Apoyé el talón en el pecho del joven, lo levanté por los hombros limpiamente del suelo y a continuación aplasté su cabeza con la parte plana de mi hacha. Príamo se levantó como si reparara en mí por vez primera. Con la mirada fija en el cadáver de su último hijo cogió una lanza que se apoyaba a un lado del altar. Su mujer trató de contenerlo aullando como una loba.

Pero ni siquiera logró superar los peldaños. Tropezó y cayó tendido a mis pies cubriéndose el rostro con los brazos y ofreciendo el cuello al hacha. La anciana se había abrazado a sus muslos y la joven por fin se había vuelto y no me observaba a mí sino al rey con el rostro rebotante de compasión. Alcé el hacha y calculé el impacto para no errar el golpe. La hoja de doble filo cayó como una cinta en el aire y en aquel momento crucial sentí al sacerdote que vive en el corazón de todos los hombres nacidos para reinar. El hacha de mi padre culminó el impacto a la perfección. El cuello de Príamo se separó bajo sus cabellos plateados y la hoja lo atravesó por completo hasta chocar con la piedra mientras la cabeza saltaba por los aires. Troya estaba muerta. Su rey había sucumbido con la cabeza

cortada por el hacha como solían morir los soberanos en tiempos de la Antigua Religión. Me volví y sólo encontré a griegos en el patio de Apolo.

—Busca una habitación que pueda cerrarse —le dije a Automedonte—, y luego regresa y mete en ella a estas dos mujeres.

Subí los peldaños del altar.

—El rey ha muerto —le dije a la joven, una gran belleza—. Tú serás mi botín. ¿Quién eres?

—Andrómaca de Cilicia, viuda de Héctor —dijo con firmeza.

—Entonces cuida de tu madre mientras te sea posible. No tardarás en separarte de ella.

—Déjame ir con mi hijo —repuso con gran serenidad.

—No, es imposible —respondí negando con la cabeza.

—¡Por favor! —exclamó ella aún sin perder el control.

Se disipó el resto de mi ira y la compadecí. Agamenón no permitiría que el muchacho viviera, pues había ordenado el total exterminio de la casa de Príamo. Antes de que pudiera negarle al acceso a su hijo por segunda vez regresó Automedonte. Las dos mujeres, una aún aullando y la otra implorando quedamente ver a su hijo, fueron retiradas de allí.

Marché del patio y comencé a explorar aquel laberinto de pasillos abriendo cada puerta e inspeccionando el interior para ver si quedaban más troyanos que exterminar. Pero no encontré a ninguno hasta que llegué a un perímetro exterior y abrí otra puerta.

Tendido en un lecho y durmiendo profundamente se encontraba un hombre muy corpulento y atlético. Era un varón atractivo, bastante moreno para ser hijo de Príamo, aunque no tenía el característico aire familiar. Entré sin hacer ruido, me aposté junto a él con el hacha muy cerca de su cuello y luego lo agité bruscamente por el hombro. Gruñó, era evidente que se hallaba bajo los efectos del vino, pero se despabiló bruscamente en el instante en que se encontró ante un hombre que vestía la armadura de Aquiles. Sólo la hoja del hacha que se apoyaba en su garganta le impidió dar un rápido salto en busca de su espada. Me lanzó una mirada asesina.

—¿Quién eres tú? —le pregunté sonriente.

—Eneas de Dardania.

—¡Bien, bien! Eres mi prisionero, Eneas. Soy Neoptólemo. Un destello de esperanza iluminó sus ojos.

—¿Cómo? ¿No vas a matarme?

—¿Por qué tendría que matarte? Eres mi prisionero, nada más. Si tu pueblo dárdano aún te tiene en bastante estima para pagar el exorbitante rescate que me propongo pedir, puedes ser un hombre libre. Una recompensa por ser a veces... digamos amable con nosotros en la batalla.

Su rostro se iluminó de alegría.

—¡Entonces seré el rey de Troya!

Me eché a reír.

—Cuando se haya reunido tu rescate no habrá ninguna Troya en la que reinar, Eneas. Vamos a destruir este lugar y a someter a esclavitud a su pueblo. Las sombras pasearán por la llanura. Creo que tu perspectiva más sensata consistirá en emigrar. —Dejé caer el hacha—. Levántate, desnudo y con cadenas marcharás detrás de mí.

Aunque a regañadientes hizo exactamente lo que le decía sin crearme ningún problema.

Un mirmidón me trajo mi carro entre las calles incendiadas y en ruinas. Busqué algunos pedazos de cuerda, saqué a ambas mujeres de su prisión y las até fuertemente. Eneas me tendió las muñecas por voluntad propia para que se las atara. Con los tres bien sujetos, ordené a Automedonte que nos condujera fuera de la Ciudadela, de retorno a la plaza Escea. Los soldados sometían la ciudad a saqueo, algo que no interesaba al hijo de Aquiles. Alguien subió el cadáver decapitado de Príamo a la parte posterior del carro al igual que hicieron con el de Héctor y se arrastró por las piedras entre los pies de mis tres cautivos con vida. La cabeza de Príamo quedó ensartada en Viejo Pelión, su barba y sus cabellos plateados empapados en sangre, los negros ojos desorbitados, paralizados por el dolor y la ruina, mirando sin ver los hogares incendiados y los cuerpos despedazados. Los pequeños llamaban inútilmente a sus madres, las mujeres corrían enloquecidas en busca de sus hijos o huían de los soldados que se entregaban al crimen y a la violación.

No había modo de dominar al ejército. En aquel día de triunfo daban rienda suelta a la cólera de diez años de exilio y ausencia del hogar, de camaradas muertos y viudas infieles,

del odio experimentado hacia toda cosa y persona troyana. Merodeaban como bestias por las calles envueltas en nubes de humo. No hallé ni rastro de Agamenón. Tal vez algo de mi apresuramiento en dejar la ciudad fuera resultado de lo poco dispuesto que estaba a verlo aquel día de profunda devastación. Era su victoria.

Ulises asomó por una callejuela no lejos de la Ciudadela y me saludó alegremente.

—¿Te marchas, Neoptólemo?

—Sí —asentí desanimado—. Y lo antes posible. Ahora que se ha extinguido mi ira, mi estómago no es bastante resistente.

Señaló con la cabeza.

—Veo que has encontrado a Príamo.

—Sí.

—¿Y a quién tenemos ahí?

Observó a mis prisioneros y obsequió a Eneas con una exagerada reverencia.

—¡De modo que has cogido a Eneas con vida! Estaba convencido de que te haría las cosas difíciles.

Le lancé al dardo una mirada de desprecio.

—Durmió todo el tiempo como un bebé. Lo encontré desnudo en su lecho como su madre lo trajo al mundo y aún roncando.

Ulises prorrumpió en fuertes risotadas. Eneas, furioso, se puso en tensión. Los músculos de sus brazos rígidos, mientras luchaba por librarse de sus ataduras. De pronto comprendí que Eneas había escogido el destino más indignante. Era demasiado orgulloso para soportar burlas. En el momento en que lo desperté tan sólo pensaba en el trono de Troya. Ahora alcanzaba a comprender lo que conllevaría su cautiverio: insultos, sarcasmos, risas, la infinita repetición de cómo había sido encontrado borracho como una cuba mientras los demás luchaban.

Solté a la vieja Hécuba, que seguía bramando, la empujé hacia adelante y entregué el extremo de su cuerda a Ulises.

—Un regalo especial para ti. Sin duda sabrás que es Hécuba. Tómala y entrégasela a Penélope como sirvienta. Añadirá un considerable brillo a tu rocosa isla.

—No es necesario, Neoptólemo —repuso asombrado.

—Quiero que sea para ti, Ulises. Si tratara de conservarla yo, Agamenón me la arrebataría. Pero no se atreverá a pedírtela. Que una casa distinta a la de Atreo exhiba tan alto premio.

—¿Y qué me dices de la joven? ¿Sabes que es Andrómaca?

—Sí, pero me pertenece por derecho.

Me incliné y le susurré al oído.

—Deseaba buscar a su hijo, pero comprendí que era imposible. ¿Qué ha sido del hijo de Héctor?

Por un momento advertí cierta frialdad en él.

—Astiánax está muerto. No podía permitirle que viviera. Lo encontré yo mismo y lo arrojé desde la torre de la Ciudadela. Hijos, nietos, biznietos... todos deben morir.

Mudé de tema.

—¿Habéis encontrado a Helena?

Su frialdad se disipó en una enorme risotada.

—¡Por cierto que sí!

—¿Cómo murió?

—¿Helena muerta? ¡Muchacho, Helena ha nacido para llegar a una edad proveya y morir tranquilamente en su lecho rodeada de sus llorosos nietos y sus sirvientes! ¿Imaginas a Menelao matando a Helena? ¿O permitiendo que Agamenón ordenase su muerte? ¡Dios! ¡Si la quiere mucho más que a sí mismo!

Se tranquilizó aunque aún reía satisfecho.

—La encontramos en sus aposentos rodeada de una pequeña guardia y con Deífobo preparado para matar al primer griego que viese. Menelao entró como un toro salvaje. Se enfrentó por sí solo a los troyanos y los despachó en un santiamén. Diomedes y yo fuimos simples espectadores. Por fin acabó con todos ellos, salvo con Deífobo, al que se enfrentó en duelo. Helena se encontraba a un lado, erguida la cabeza, mostrando el pecho y sus ojos como soles verdes. ¡Tan hermosa como Afrodita! ¡Te digo, Neoptólemo, que nunca podrá compararse a mujer alguna! Menelao estaba dispuesto pero no hubo duelo. Helena tomó la iniciativa; ensartó a Deífobo con una daga entre los omóplatos y luego cayó de rodillas. «¡Mátame, Menelao, mátame! ¡No merezco vivir! ¡Mátame ahora mismo!», gritó. Desde luego que Menelao no lo hizo. Le bastó con mirarle los senos para que todo se fuera al traste. Salieron juntos de la habitación sin mirarnos siquiera.

Tampoco yo pude contener la risa.

—¡Oh, qué ironía! Pensar que has combatido contra un grupo de naciones durante diez años para ver morir a Helena y acabarás viéndola regresar a su hogar de Amiclas convertida en mujer libre... y sin dejar de ser reina.

—Bien, la muerte raras veces está donde uno la espera —dijo Ulises. *frases sobre la muerte*

Se le hundían los hombros y por vez primera advertí que era un hombre que rondaba la cuarentena, que se resentía de su edad y de su exilio y que pese a todo su amor por la intriga sólo deseaba volver a encontrarse en su hogar. Se despidió de mí, marchó llevándose a la vociferante Hécuba y por fin desapareció por una callejuela. Le hice una seña a Automedonte y nosotros seguimos adelante hacia la puerta Escea.

Los caballos avanzaron lentamente por el camino que conducía a la playa. Eneas y Andrómaca marchaban detrás, el cadáver de Príamo brincaba entre ellos. Al llegar al campamento rodeé el complejo de los mirmidones, vadeé el Escamandro y tomé el sendero que conducía a las tumbas.

Cuando los caballos ya no pudieron avanzar desaté a Príamo de la barra, así su túnica con la mano y lo arrastré hasta la puerta de la tumba de mi padre. Lo instalé en la postura de un suplicante, arrodillado, hundí en el suelo el extremo de Viejo Pelión y amontoné piedras en su base para formar un círculo de refuerzo. Luego me volví para contemplar Troya en la llanura con sus casas que despedían llamas sin cesar y sus puertas abiertas como la boca de un cadáver cuando su sombra ha huido a los oscuros páramos subterráneos. Y por fin, en el último momento, lloré por Aquiles.

Traté de evocarlo como cuando estaba en Troya pero había demasiada sangre, una neblina mortal. Al final logré recordarlo pero tan sólo de un modo, con la piel ungida al salir del baño y brillantes los dorados ojos porque me miraba a mí, a su hijo pequeño.

Sin importarme que pudieran verme llorar, regresé al carro y subí junto a Automedonte.

—Regresemos a las naves, amigo de mi padre. Volvamos al hogar —le dije.

—¡Al hogar! —repitió con un suspiro el fiel Automedonte, que había zarpado de Áulide con Aquiles—. ¡Al hogar!

Troya quedaba atrás envuelta en llamas, pero nuestros ojos sólo veían los destellos saltarines del sol sobre un mar de color de vino que nos atraían hacia la patria.